

## El pensamiento de los Papas sobre los Ejercicios Espirituales

*P. Alberto Giampieri S. J. 1*

En su discurso sobre Pío XII, el cardenal Tardini trae el siguiente párrafo de un diario suyo que data de la época de la primera enfermedad grave del Pontífice, en diciembre de 1954: «El Papa está en cama... abre sus brazos, extendiéndolos como cuando da la bendición, mira al cielo y dice: “Llámame”. Después agrega: “Creía que el Señor me llamaba. Y en cambio...” De nuevo toma el pequeño libro de los Ejercicios de San Ignacio y dice: “Éste es mi consuelo”». Poco antes, en su discurso, el purpurado había dicho: «Tenía siempre sobre su cama, y frecuentemente entre sus manos, el libro de los Ejercicios de San Ignacio y se deleitaba y deleitaba a sus visitas repitiendo, con mucha devoción, la hermosa oración: Anima Christi sanctifica me»<sup>1</sup>.

En este episodio nos gusta notar, como en resumen, **la estima que los Papas** de todos los tiempos han tenido por los Ejercicios espirituales en general y **por los ignacianos** en particular, los cuales hace cuatro siglos han ido difundiendo siempre más extensamente en la Iglesia. Sin embargo, sintetizar en pocas páginas el pensamiento pontificio sobre este argumento, es menos fácil de lo que se piensa. Tenemos entre nuestras manos, un grueso volumen de 800 páginas aproximadamente, en las cuales se han recogido centenares de documentos emitidos por 32 Pontífices, a partir de Pablo III (1534 – 1549) hasta el amanecer del reino de Pío XII (1941)<sup>2</sup>. A éstos, como es obvio, se le agregarían todavía muchos otros. Deberemos limitarnos, por lo tanto, a pocas consideraciones más bien resumidas.

### Signos indudables de estima

Para atraer al clero y a los fieles a la práctica de los Ejercicios, los Papas comenzaron a enriquecerlos con copiosas indulgencias y de numerosos privilegios. Además no se cansan de inculcarlos en las circunstancias más diversas: los prescriben periódicamente al pueblo bajo forma de misiones sagradas; alaban con gozo la frecuencia aprobando las constituciones de casas dedicadas a este fin y la práctica de los llamados «*Retiros de perseverancia*»; los aconsejan como utilísimos para disponerse dignamente a obtener los frutos del Año Santo. En modo particular, siempre los han recomendado y prescrito al clero, sea de rito latino como del oriental: no sólo como práctica penitencial en reparación de algún error cometido o como saludable oasis de recogimiento después del servicio militar, cuando y donde eso era obligatorio, sino también y sobre todo, como uno de los medios más potentes de formación y de santificación sacerdotal. Los prescriben a los seminaristas y a los religiosos antes de las órdenes o de los votos; recomiendan realizarlos a los Obispos y al clero diocesano no menos de cada treinta años; los señalan como obligatorios anualmente a los religiosos, y exigen que en las relaciones/informes periódicos que deben ser enviados a Roma, hagan expresamente mención a la adhesión de estas prescripciones.

---

<sup>1</sup> Card. DOMENICO TARDINI, Pio XII, Roma, Poliglotta Vaticana, 1960, pp. 94 e 96.

<sup>2</sup>C. H. Marins.i., *SpiritualiaExercitiasecundumRomanorumPontificum documenta*, Barcellona 1941

Las directivas pontificias encuentran la más alta expresión y reciben un ordenamiento como siempre autoritario en varios documentos solemnes, comenzando por el Código de Derecho Canónico donde los ejercicios son nombrados una decena de veces. Cuando todavía vivía Ignacio de Loyola, el 31 de julio de 1548, Pablo II en su breve *Pastoralis officii cura* aprobaba solemnemente el librito y el método de los Ejercicios ignacianos llamándolos «*llenos de piedad y de santidad, utilísimos y provechosos a la edificación y al provecho espiritual de los fieles*». En 1586, Sixto V los hizo obligatorios para todos los alumnos de los seminarios pontificios, y Clemente VIII en 1592, extendió tal prescripción a los alumnos de todos los seminarios. Pío X (1904) –y antes de él también Alejandro VII (1662), Inocencio XII (1699), Pío VIII (1829) y León XIII (1889)– demuestran una particular solicitud con el fin de que el clero romano diera a todos, el ejemplo de fidelidad a los Ejercicios. Y también Juan XXIII indicaba a los párrocos de la Urbe los Ejercicios Espirituales como el medio más idóneo para disponerse al Sínodo diocesano.

Igualmente Pío X, en la exhortación *Haerent animo* al clero católico sobre la santidad del sacerdocio (1908), pone en el primer lugar, entre los medios de perfección sacerdotal, los Ejercicios espirituales practicados anualmente. Lo mismo inculcarán Pío XI en la encíclica *Ad cattolici sacerdotii fastigium* (1935), y Pío XII en la exhortación *Menti nostrae* (1950). Pero Pío XII quiso hacer todavía más para demostrar la estima por la práctica de los Ejercicios: en 1922 proclamó a San Ignacio de Loyola, patrono celeste de todos los Ejercicios Espirituales; en 1929, después, durante su jubileo sacerdotal, dirigió a todos los fieles la encíclica *Mens nostra* para exaltar la inmensa utilidad e inculcar siempre mayormente la práctica de los Ejercicios. Pío XII, finalmente, en la carta *Nostri profecto* (1940), dirigió numerosas alabanzas a la ascética de los Ejercicios citando, entre otras cosas, varias observaciones de sus predecesores, especialmente de Benedicto XIV que había definido «*admirable*» el librito ignaciano (breve *Quantum secessus*, 1752), y de Pío XI quien sostenía que los Ejercicios como un «*singular presidio para la salvación eterna*».

### **El ejemplo personal de los Papas**

A estas directivas por decir así *oficiales*, los Papas quisieron agregar su ejemplo personal, que va haciéndose siempre más marcado a partir del siglo pasado, especialmente desde León XII en adelante. Ellos, de hecho, no satisfechos con haber practicado otras veces los Ejercicios antes de los momentos cruciales de sus vidas, en 1900 –en ocasión del Jubileo– dispuso que toda la Curia papal consagrara algunos días al sagrado retiro, y él mismo, aunque nonagenario, intervino en persona: cosa que no se recordaba se hubiera hecho desde hacía dos siglos, teniendo que recurrir al pasado para encontrar un ejemplo semejante, al 1725, cuando Benedicto XIII se retiró con algunos prelados a hacer los Ejercicios en una villa en las faldas del Monte Mario. El ejemplo de León XIII dio el inicio a una costumbre que dura hasta el día de hoy: los Ejercicios anuales en el Vaticano, con la participación del Papa. Pío XII –imitado en eso por Juan XXIII– introdujo la usanza de concluirlos con un discurso en el cual resaltaba alguno de los puntos tocados en el día de retiro.

### **Algunos testimonios**

Después de haber visto lo que los Papas han hecho por los Ejercicios, recordamos algunos extracto de sus escritos, escogiendo especialmente aquello que se refiera más explícitamente a los Ejercicios practicados por los laicos.

- Clemente XIII les dijo: *«muy provechosos a la religión y a la salud de las almas»* (1759).
- León XIII, decía al clero de Carpineto que le agradecía por la donación de una casa de Ejercicios: *«Tenéis razón en agradecerlos, porque don más hermoso y más útil no os podíamos hacer. Toda nuestra vida habíamos buscado algún libro que apagara nuestro espíritu. Cuando conocimos el pequeño libro de los Ejercicios de Loyola, encontramos el tesoro deseado. Bastaría la primera página sobre el fin de la vida del hombre, para reformar todo el mundo»*.
- Pío X: *«La práctica de los Ejercicios ha producido maravillas de fe y de santificación, haciendo irradiar la perfección cristiana de la vida personal a la familiar y a la vida social»* (1910).

Pío X: decía sobre apostolado de los Ejercicios: *«No hay fruto de vida y de piedad cristiana que no sea lícito esperar»* de ellos (1935). Los ejercicios, son, para este Papa, la *«Reina de todas las prácticas piadosas»* (1938), un *«infalible medio de santificación y de elevación»* (1925). Y asimismo escribía *«Persuadidos, como estamos, que la mayor parte de los males de nuestro tiempo provenga de la falta de reflexión; establecido también que los Ejercicios espirituales según el método ignaciano son de grandísima eficacia para eliminar cualquier ardua dificultad en las cuales combate en todos lados, la sociedad contemporánea; habiendo demostrado, hoy como en el pasado, que de la práctica de los Ejercicios madura una amplia mies de virtud sea entre sacerdotes y religiosos o también –cosa especialmente digna de mencionar en nuestro tiempos– entre los laicos y entre los trabajadores: deseamos ardientemente que el uso de tales Ejercicios espirituales se difunda siempre más extensamente»* (1922). Y ancora *«Los Ejercicios ignacianos han contribuido con una eficacia del todo particular a la ascensión espiritual de las almas, guiándolas a las cumbres más altas de la oración y del amor divino a través del camino seguro de la abnegación y de la victoria sobre las pasiones, sin exponerlas a las sutiles ilusiones del orgullo»* (1929).

- Pío XII: Los ejercicios son *«código de las batallas y de las victorias íntimas y capitales del hombre...; gimnasio del alma»*. Ellos *«serán siempre uno de los medios más eficaces para la regeneración del mundo y para el recto ordenamiento de éste, a condición, sin embargo, que continúen siendo auténticamente ignacianos»* (1948).

- Juan XXIII en los discursos de clausura de los Ejercicios en el Vaticano, siempre resaltó el valor de esta gracia, felicitando al predicador por «*la completa fidelidad al método de San Ignacio, muchas veces aprobado y tan recomendado por los Sumos Pontífices*» (1958).

## Los ejercicios y los laicos

Es sabido que desde su origen, los Ejercicios no fueron reservados solamente a los miembros del clero secular o regular. Está fuera de duda, sin embargo, que sólo en los tiempos modernos, a medida que el laicado ha ido tomando conciencia de las propias responsabilidades apostólicas, tal práctica siempre se ha ido extendiendo más entre los buenos cristianos, y particularmente, entre los miembros de las diversas asociaciones religiosas. Los Sumos Pontífices han favorecido y animado tal práctica, indicando en ella el verdadero remedio a los males del tiempo y la fuente genuina del espíritu apostólico y del fervor de la vida.

Ya León XIII y después Pío X empujaban a realizarlos, con la concesión de favores espirituales, a los terciarios de las distintas órdenes religiosas. El Papa León los aconsejó también a los miembros de la Acción Católica como preparación al 50º aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. De modo especial, Pío X animaba los Ejercicios a los trabajadores en medio a los cuales, decía «*producen grandes beneficios haciendo crecer la semilla de la fe y de la piedad cristiana*» (1904). Una predilección verdaderamente particular ocupa el corazón de los últimos Pontífices la obra de los «*Retiros de perseverancia*», fundada justamente sobre los Ejercicios cerrados, practicados por hombres y jóvenes de toda clase social. Casi parece que los Papas no encuentran palabras suficientemente calurosas para alentar y alabar esta obra. Pío X la llama «*nobel empresa*» (1908), «*obra saludable y verdaderamente providencial*» (1909), «*obra de caridad florecida*» (1911), «*santa y saludable*» (1911); espera que «*se multipliquen instituciones similares, destinadas a revivir en el pueblo el espíritu de fe y a hacerlos florecer de nuevo la práctica de la vida enteramente cristiana*» (1913) *congratula* «*los frutos maravillosos obtenidos en este ministerio*» (1912), y afirma: «*yo no podría tener mayor consolación que esta, mis queridos hijitos: la de saber que vosotros habéis hecho el Retiro espiritual. Cualquier otra consolación cede a ésta.*» (1909).

Benedicto XV la llama «*santa empresa*» (1914); Pío XI la llama «*extensamente fecunda de saludables frutos de vida y de piedad cristiana*» (1925), y en una serie de discursos la exalta como «*la más bella de las obras, la obra de las obras, obra verdaderamente saludable*» (1923), «*obra digna y sincera de caridad, impulsa y facilita los caminos que conducen a Dios*» (1927), «*obra verdaderamente santa y preciosa es aquella de los Ejercicios*» (1930), «*obra que cultiva tesoros inestimables, bienes verdaderamente elegidos*» (1933), «*cosa magnífica*» (1936); y llama con frecuencia, hablando de los Ejercicios, «*el precioso don divino que Dios ha reservado a sus elegidos en los momentos y en las circunstancias más solemnes*» (1926).

## Los Ejercicios a los jóvenes

Los Papas también han reservado una preocupación particular por los Ejercicios a los jóvenes. Pío XI los exhortaba a aquello indicándoles los ejemplos de San Luis Gonzaga (1926); Pío X, después de haber divulgado la Comunión a los niños, recomendó más veces, el hacer preceder la Primera Comunión por un apropiado curso de Ejercicios (1905), y antes de él, habían recomendado la misma cosa Pío VI (1785), León XII (1824 y 1826) y Pío IX (1855). Encontramos además, varios documentos que prescriben los Ejercicios anuales para los estudiantes: esto lo hicieron Clemente XIII (1760) para el Colegio de Umbría en Roma, Pío VII para los alumnos del Colegio de Macerata (1802) y después para aquellos de escuelas públicas de Spoleto (1803), y finalmente León XII para los alumnos de todas las escuelas de los Estados Pontificios (1824). Los beneficios que los jóvenes encontrarán son: «*afirmarse en el conocimiento y en la práctica de sus deberes cristianos*» (Pío X, 1904) y conseguir una recta concepción de la vida (Pío XI, 1926)

### **A los apóstoles laicos**

Es inútil decir que estas invitaciones son dirigidas primeramente a los militantes en las filas del apostolado de los laicos, en cualquiera de las múltiples formas de acción católica. A la Juventud de la Acción Católica inglesa, Pío XI hacía escribir en estos términos, congratulándose de la práctica de los Ejercicios cerrados: «*Esta forma de apostolado toca el corazón de Su Santidad; ella prepara excelentemente a los hombres a ser impregnados del noble espíritu de la Acción Católica, haciéndolos –en las respectivas parroquias– incansables apóstoles de la verdad y campeones de Cristo y de su Iglesia*» (1934). Cuando escribía estas palabras, el cardenal Pacelli no pensaba que 15 años después, él mismo, a la misma Juventud Católica Inglesa, diría: «*La práctica de los Ejercicios espirituales debe ser introducida, posiblemente, en todas partes. Ella os servirá para profundizar vuestra fe y acrecentar vuestro fervor*» (1949).

De los Ejercicios, los militantes de la Acción Católica podrán «*obtener mucho*» de aquel «*fervor del alma (que) es el primer empuje de cada apostolado*» (Pío XI, 1937); los dirigentes, a su vez, «*se inflamarán hacia el apostolado, empapándose profundamente de las genuinas doctrinas de la Iglesia*» (Pío XI, 1935). Todos, después, deberán considerar la práctica de los Ejercicios «*como el medio más seguro para la formación cristiana de la consciencia y para el mejoramiento espiritual de cada uno de los jóvenes*» (Pío XI, 1936). El mismo Pontífice felicitaba a la FUCI porque en el primer puesto de su programa espiritual habían puesto los Ejercicios, y exhortaba a repetirlos con frecuencia: «*Si ellos ponen bien en práctica este punto de los Santos Ejercicios todo el resto estará asegurado, y tendrán garantizado todo lo demás. Es fácil garantizar, en base a los Ejercicios, la observancia de la vida cristiana*» (1927).

Pío XII se mostraba satisfecho con los miembros de las Congregaciones Marianas por el hecho de que ellas «*afilaban sus armas en los frecuentes retiros espirituales y en el horno de los Ejercicios anuales*» (1942); en la constitución apostólica *Bis saeculari* (1948), las alaba por la práctica y el apostolado de los Ejercicios, alegrándose también con aquellas que «*en adhesión a nuestros deseos,*

*acuden a los auténticos Ejercicios Espirituales y de esta límpida fuente se esfuerzan por proyectar inspiración, luz y energía; sea para plasmar la conducta según los principios evangélicos, sea para dirigir las Congregaciones según las exigencias modernas» (1953).*

### **Actualidad de los Ejercicios**

Acercándonos al final nos preguntamos el por qué de tanta insistencia.

La respuesta es simple: los Papas han visto en la práctica fiel de los Ejercicios un medio formativo de primer orden, apto para ir al encuentro de las necesidades de nuestros tiempos y combatir los errores.

Uno de los tantos testimonios:

Pío X escribía que los Ejercicios constituyen un medio óptimo para *instaurare omnia in Christo*, recordando a los hombres al sentido cristiano de la vida, y formando especialmente entre los trabajadores, *«una élite de católicos auténticos e intrépidos en la defensa de la religión»* (1910). León XIII vislumbraba en las Casas de Ejercicios *«una empresa de regeneración social»* (1889). Pío XI decía que en los Ejercicios *«se forman y se inflaman en el fuego del Corazón de Cristo los verdaderos apóstoles para cada clase social. De esta escuela saldrán fortificados en la fe, cimentados en la constancia en medio de las contradicciones, inflamados de celo, dispuestos exclusivamente a propagar el reino de Cristo en todas partes»* (1931); los miembros de la Acción Católica, después, descubrirán en los Ejercicios el secreto para corresponder plenamente a su vocación (enc. *Mens nostra*, 1929).

Algunas insidias de nuestro tiempo, que suelen infiltrarse incluso entre los buenos, encuentran en los Ejercicios un antídoto eficaz. Los papas lo recuerdan en 3 puntos:

- a) **La insubordinación y la intolerancia hacia la autoridad:** los Ejercicios Espirituales hacen dócil el alma para Dios y la sujetan filialmente a la Iglesia. *«San Ignacio – escribe Pío XI – no quiso que los Ejercicios sirvieran solamente para alimentar el fervor, sino que formó en ellos a sus hijos, con el fin de que por sus propios medios, volvieran a llamar las voluntades extraviadas a la Iglesia, reconduciéndolas bajo el dominio de Cristo... Los Ejercicios ayudan admirablemente a la obediencia en este retorno»* (Const. Ap. *Summorum Pontificum*, 1922).
  
- b) **Sumergirse en las obras exteriores, como escapatoria de la vida interior:** *«Para evitar el peligro de dejarse absorber excesivamente del trabajo exterior, es oportuno que los organizadores de las obras sociales se empapen de las enseñanzas del Evangelio. Este trabajo no se puede hacer con más fruto sino durante aquellos días benditos en los cuales el alma es puesta de frente a las palabras del Señor: “¿De qué sirve al hombre ganar el mundo, si pierde su alma?”»* (Pío XI, 1933).

- c) **Confundir lo accesorio con lo esencial.** Ahora bien: *«Es propio de los Ejercicios que se pongan en relieve las verdades esenciales de la fe católica, aquellas verdades que, como sólidos pilares, sostienen el edificio de toda la vida cristiana, y la presentan en un orden, el cual con su lógica convincente aferra, sacude y somete el pensamiento y la voluntad humana. En esta cualidad característica, en esta constante llamada a aquello que es fundamental, consiste el alto valor de los Ejercicios Espirituales, especialmente en nuestros días»* (Pío XII, 1945).

## Concluyendo

Permítannos concluir con dos episodios. Pío X, hablando un día con los organizadores de una obra a beneficencia de los obreros, les dijo: *«Realmente vuestra empresa no podía fallar en sus objetivos, puesto que la habéis fundado después de un curso de Ejercicios Espirituales»* (1904). En 1928 don Carlo Dell'Acqua, ahora Mons. Dell'Acqua, escribía al P. Beretta S.J. *«Debo darle un bello recado de parte del Santo Padre. Fui recibido por él en una audiencia privada y le hablé de nuestra Federación, haciendo una pausa especialmente sobre los Ejercicios de nuestros jóvenes... No hace falta decir cuánto me animó a que los Ejercicios se extendiesen a todos nuestros jóvenes. Yo ya había empezado a salir... cuando Su Santidad llamó nuevamente hacia sí y me dijo: “Llevad una particularísima bendición al P. Beretta y a los otros padres que con él predicán los Ejercicios de San Ignacio a los jóvenes de la Federación de Milán”. ...El Papa agregó: “¡Los Ejercicios! ¡Toda la fuerza está allí!”»*.

Promoviendo siempre con mayor impulso la participación de los militantes católicos a los Ejercicios, debemos estar persuadidos no sólo de estar perfectamente en línea con el deseo de la Iglesia, sino también y sobre todo de trabajar eficazmente en poner un fundamento indispensable para el éxito del apostolado afuera. *«¡Los Ejercicios! ¡Toda la fuerza está allí!»*.

¡Pronto nos daremos cuenta de la profunda verdad de estas palabras!

P. ALBERTO GIAMPIERI S. J.  
Asistente Regional GIAG de los Abruzzos

**Experiencias**  
**Ejercicios Espirituales de Asociaciones**  
Don Domenico Passuello

Mons. Francesco Olgiati, eminente educador y profundo conocedor de los jóvenes, en noviembre de 1932, publicaba un significativo decálogo de los Ejercicios Espirituales que conserva todavía hoy toda su actualidad. En el primer punto dice textualmente: *«Quien pretendiera organizar una asociación católica juvenil sin preocuparse de enviar poco a poco a todos los socios a los Ejercicios Espirituales, se parecería al agricultor de la fábula, que esperaba **frutos de los árboles sin raíces**».*

\* \* \*

El Estatuto de la Acción Católica en los artículos 70 y 71, definiendo el verdadero y exacto significado de la Asociación de la *Giac*, dice explícitamente que su objetivo es: *«la formación de sus socios, especialmente para la oración, la acción y el sacrificio»*, objetivo que se obtiene *«cuidando la formación integral de la conciencia cristiana de sus socios con adecuados subsidios espirituales y culturales ».*

Entre estos *«adecuados subsidios espirituales»*, el primer lugar es ocupado, sin duda, por los Ejercicios Espirituales. Nos lo confirma la experiencia; nos lo dicen, a gran voz, millares de jóvenes; nos lo ha repetido explícitamente el Santo Padre el 10 de enero u.s., en ocasión de la jornada sinodal de Roma, en la que hablando a veinte mil socios de la A.C., hizo un caluroso llamado a nosotros, los Asistentes eclesiales, con estas precisas palabras: *«Las continuas fatigas por los retiros y Ejercicios Espirituales constituyen la parte preeminente de los asistentes, parte que debe preceder a cualquier otra preocupación de organizar, reclutar miembros, de detener el mal.»*

\* \* \*

A algún hermano le podrá parecer una utopía el llegar a organizar Ejercicios Espirituales para Asociaciones individuales.

Y eso pensaba yo también, hace ocho años, cuando habiendo sido Asistente Diocesano por apenas 2 años, no había encontrado todavía este medio *«insigne»*, para la formación de los jóvenes.

Me convertí a la obra de los Ejercicios Espirituales después de haber participar en el Mes Ignaciano, experiencia maravillosa e inolvidable, que cada sacerdote debería hacer al menos una vez en la vida.

Desde aquel año, con la gracia de Dios, con la ayuda fraterna de los Asistentes parroquiales, (que son los que deben tirar el carro y... ¡a veces incluso los bueyes!), y con la buena voluntad de los jóvenes, pasamos de 2 tandas con 80 jóvenes (1952) a 47 tandas con 2470 participantes (1959). Cada año se hacen normalmente tandas de 5 días y está en planes hacer de 8 días.

Para llegar a esto hay 3 condiciones esenciales:

1. Estar nosotros tan convencidos de la eficacia y de la necesidad de los Ejercicios Espirituales, de saber convencer también a los otros, sacerdotes y laicos.
2. Formar un grupo cercano de Asistentes (una decena bastarían incluso en una gran diócesis), y establecer con ellos un plan para sensibilizar primero a los jóvenes de la A.C. y después a todos los demás.
3. Preparar y ayudarse de un grupo de jóvenes generosos: no debemos olvidar que los mejor propagandistas de los Ejercicios no somos nosotros los sacerdotes, sino los jóvenes que han participado.

No nos equivoquemos sin embargo, pensando que todo irá siempre cuesta abajo: las dificultades, los errores, las desilusiones ciertamente estarán presentes: en estos casos es necesario tener el coraje de volver a comenzar de nuevo. De este modo se llega a crear la tradición, los buenos hábitos. Hoy, en la diócesis, tenemos Asociaciones que sin dificultad son capaces de organizar cada año una o más tandas de Ejercicios.

\* \* \*

Para llegar a concluir alguna cosa seria y duradera es necesaria una puntual organización. A veces la prisa que envuelve el mundo actual, nos contagia también a nosotros sacerdotes, y entonces nuestra obra de educadores, humillada y degradada, va camino al fracaso.

Para evitar estos graves inconvenientes, será útil tener presente lo siguiente:

1. El Asistente eclesiástico que quiera iniciar en asociación la obra de los Ejercicios,, no debe comenzar al azar, sino que debe tener en mente un plan de acción claro, adecuado a las necesidades, a las circunstancias, a las posibilidades de su parroquia. No olvidemos la expresión de Pío XII: «*Sed discretos al comenzar, constantes al continuar, valientes en llevar a término*» (A los Cuaresmalistas de Roma, 1955).
2. Trazado el plan de trabajo, es necesario ponerlo en práctica a cualquier precio: no se puede programar una tanda de Ejercicios y después suspenderla frente a las primeras dificultades; ni se puede comprometer los lugares (o tareas?), sin haber hablado primero con los participantes!
3. Quien participa en los Ejercicios debe ir siendo introducido de a poco y personalmente. No pensemos que se pueda organizar una tanda de Ejercicios solo lanzando una invitación, abriendo las inscripciones, poniendo un cartel: si bastara, esto sería demasiado fácil! Todo es un trabajo personal, un encuentro **de tú a tú** con el Asistente, con los dirigentes, con un

amigo, con los padres, ¿y por qué no? con la novia de un tal; en resumen con todos aquellos que en cualquier modo nos puedan ayudar.

4. Los participantes deben llegar a la tanda debidamente preparados. Es una obligación, además de ser un gesto de honestidad, decir a los jóvenes qué son los Ejercicios Espirituales; decir qué es el silencio, no impuesto externamente, sino la necesidad del coloquio íntimo, personal con Dios; decir que será necesario rezar y pensar mucho. Decir a los jóvenes que todo es fácil, hermoso, etc... me parece una traición además de un error psicológico. A veces los jóvenes vuelven de los Ejercicios sin ninguna mejora personal porque no han tenido una conveniente preparación, la cual, aparte de los medios externos (adoctrinamiento, películas, reuniones, propaganda, etc.), requiere los medios de la Gracia: oraciones, sacramentos, comuniones, sacrificios. Para esto se debería hacer en las parroquias una verdadera movilización general! No nos avergoncemos de pedir las oraciones de las buenas Hermanas, de los niños del Jardín de Infantes, de los viejos de la hospitalización, de los enfermos, de los padres, especialmente de las santas madres! Un grupo de jóvenes de una misma parroquia que participa en los Ejercicios espirituales, debería constituir un evento de interés común. La llegada y la partida, en grupo, entre cantos y alegría, deberían enmarcar un carácter de solemnidad religiosa: se parte y se llega a la parroquia al toque festivo de las campanas, no a escondidas, «*noctu*», sino a la luz del día. Que todos vean, que todos se animen, que todos sepan: también esto es un modo para comprometer a los nuestros y sensibilizar a los demás.
5. Una vez realizados los Ejercicios, la obra del Asistente no ha terminado, más aun, quisiera decir que precisamente allí comienza. Los Ejercicios hacen verdaderos milagros de la gracia, pero no aquel de conferir la perfección (*impecabilidad*). Por eso, cuando un joven vuelve de los Ejercicios, no se le debe abandonar, como si se hubiera convertido en santo de repente, más bien es necesario encontrarlo lo más pronto posible, acogerlo con corazón paterno, seguirlo con atención y amor en los primeros pasos del fervor; en la época sucesiva de enfriamiento, ayudarlo a superar las infaltables dificultades, animarlo si recae. Y junto al contacto en el coloquio personal, proponerle otras iniciativas comunes, externas, como por ejemplo los retiros mensuales de perseverancia, reuniones de los ejercitantes con el sacerdote que predicó el Ejercicio, la visita a la Casa donde se hospedaron, una alabanza, alentarle en público, exponer en la parroquia una lista con los nombres, un Ave María después de la reunión por la perseverancia en los buenos propósitos, una reflexión/crónica compuesta por un participante a todos los jóvenes, y... mientras más mejor. Son todas cosas ya probadas y declaradas como utilísimas.

\* \* \*

Hoy en día está difundido en las consideraciones acerca de los jóvenes un sentido de pesimismo que sinceramente no podemos compartir. Debemos ser más optimistas: hay muchos jóvenes buenos, jóvenes heroicos. Creo que cada Asistente *Giac*, ha constatado la verdad de estas palabras del Papa Pío XII, de S.M.: *«Hoy en la Iglesia hay un soplo del Espíritu Santo que llama al heroísmo, a la entrega completa. Entre las espinas de un mundo que ha vuelto a ser pagano, despuntan siempre más numerosas flores inmaculadas que recrean con su frescura, que encantan con su perfume... Quisiéramos que los sacerdotes osaran y no temieran proponer la meta de la santidad más excelsa»* (Pío XII, 10-3-1955).

Junto a los jóvenes heroicos encontramos, es cierto, y quizás son la mayoría, los débiles, los frágiles, los tambaleantes: también y sobre todo para estos son hechos los Ejercicios Espirituales, porque sobre todo ellos desean volver a la Casa del Padre.

Una sed de paz los atormenta: desean quizás como el paralítico del Evangelio (Jn 5,1 ss), lanzarse en la piscina del agua saludable de la Gracia, pero no han encontrado todavía alguien que los ayude. *Hominem non habent...!*

Por estos y por aquellos, los Ejercicios Espirituales serán el don más hermoso, la gracia más grande, el inicio de una vida verdaderamente cristiana.

Creemos, hermanos, en la posibilidad de los Ejercicios Espirituales también para los jóvenes de nuestros tiempos, creemos por encima de todo, en su necesidad y afirmamos que son insustituibles.

Muchas veces los jóvenes van a la deriva en el campo moral y se alejan de Dios porque el mundo moderno (cine, negocios, televisión, mecanizaciones, los cambios de la vida diaria, etc.), todo, parece hecho intencionalmente para no ayudarlos a pensar. Pongámoslos nosotros en la condición de poder pensar en serio a través de los Ejercicios Espirituales, que son el medio principal, si no el único: podrán reencontrar aquello que a menudo les falta y que solamente nosotros sacerdotes podemos dar: Dios, sus mismas personas, el verdadero sentido de la vida.

Sac. DOMENICO PASSUELLO  
Asistente Diocesano GIAC de Vicenza